

# ESTUDIOS CULTURALES, (HOMO)SEXUALIDADES Y CIUDADANÍAS

Rafael M. Mérida Jiménez

Para los amigos y las amigas GLTQ de Lleida

## I

Durante los últimos cinco años, he ido leyendo en las páginas de varios periódicos diversos artículos redactados por catedráticos y profesores de renombre que ejercen la docencia universitaria en España (sobre todo en facultades vinculadas a las Ciencias Humanas y Sociales) en donde, con desigual intención o excusa, y a propósito de cuestiones variopintas, arremeten contra los “estudios culturales”. Estoy convencido de que, al igual que yo, más de un lector habrá quedado un tanto estupefacto ante tales embates, tanto si ignora qué cosa sea “esa” como si no, pues cuando cualquier persona juiciosa se imagina separadamente las dos palabras que conforman el susodicho sintagma se le antojan poco deleznable: ¿a quién se le ocurriría abominar de un “estudio”, por modesto que fuera? ¡Que se lo digan si no a muchos padres, madres y docentes a cualquier altura del curso escolar! ¡Quiénes han anatematizado la “cultura” a lo largo de los siglos? ¡Entre otros, por cierto, quienes prodigan manifestaciones familiares para mantener sus privilegios!

En fin, que muchos acabarán pensando que si intelectuales y académicos de reconocida trayectoria atacan esa entidad denominada “estudios culturales” no será porque abominen de los “estudios” o de los fenómenos “culturales” sino porque la unión de ambos términos debe de designar algo así como una quimera mitológica, un híbrido espantoso que conviene noquear de vez en cuando para que no campe por sus fueros nefandos. Y aunque algunos consideren juiciosamente que ese engendro no debiera nacer tan siniestro si pensamos en su padre (el estudio) y en su madre (la cultura), muchos, probablemente, habrán quedado convencidos de sus terribles maldades sin haberlo contemplado jamás. O no dispondrán de tiempo, deseos y energías para iniciar la búsqueda de un ente tan espeluznantemente mestizo.

Tampoco sé yo muy bien qué son los “estudios culturales” si los contemplo a través del filtro de esos artículos, quizá respetables. Debo aclarar que mi formación académica en la década de los 80 y 90 (licenciado y doctor en filología hispánica por la Universidad de Barcelona) no me permitió vislumbrar, ni tan siquiera de lejos, esa aberración anglosajona –pues, como muchos sabrán, todo procede de los *cultural studies*–. Para más señas, mi tesis se consagró a las tradiciones narrativas cortesanas de la Edad Media y si algo puedo asegurar con total convicción, tras unos cuantos años de investigaciones, es que Garci Rodríguez de Montalvo, regidor de Medina del Campo y refundidor del *Amadís de Gaula* a fines del siglo XV, no se dejó influir por los “estudios culturales”. Pongo la mano en el fuego e incluso me atrevo a sugerir que no sabía inglés<sup>1</sup>.

Los azares de la vida, sin embargo, me invitaron al exilio profesional y, tras unos cuantos años, durante los cuales he residido fuera de nuestras fronteras (sobre todo en Estados Unidos de América y en Puerto Rico) ejerciendo la docencia de las letras hispánicas en centros universitarios de cierto prestigio, puedo y debo anunciarles que he visto al monstruo con mis propios ojos en muchísimas ocasiones y que no es tan fiero como lo pintan. Ni me ha amenazado ni –creo– me ha devorado. Por el contrario, me ha parecido encantador y sumamente estimulante. Aunque, en ocasiones, cuando releo esas piezas sutilmente incendiarias a las que aludía al inicio, dude de si realmente lo he conocido, tal resulta su demoledora convicción. Tengo la impresión de que o bien esos estimados profesores han ojeado otros folios del bestiario o bien se han dejado influenciar por sustos ajenos.

Mi modesta experiencia me permite apuntar que los mejores estudios culturales constituyen una modalidad de investigación que no se constriñe a las áreas de conocimiento más convencionales (aquellas que, por ejemplo, bautizan muchas de nuestras facultades universitarias) sino que amplía su radio de acción con el objetivo de adentrarse en unas prácticas o realidades que merecen ser analizadas mediante unas herramientas que aspiran a ser más ricas, teórica y metodológicamente, que algunas de las tradicionales. Más que una disciplina, me atrevería a decir que se proponen consolidar un tipo de mirada ambiciosa sobre las múltiples definiciones y plasmaciones de las culturas. En este sentido, cobra especial relieve el plural empleado, pues muchas especialidades académicas han ejercido históricamente un cierto dogmatismo en torno a qué se debe y a qué no se debe considerar cultura –y quién la estudia y a quién o qué estudia–.

---

<sup>1</sup> A título de simple orientación, véase mi “*Fuera de la orden de natura*”: *magias, milagros y maravillas en el “Amadís de Gaula”*, Reichenberger, Kassel, 2001.

Con frecuencia, los mejores estudios culturales no sólo interrelacionan ámbitos que suelen permanecer estancos sino que propician un cierto cuestionamiento político y un notable activismo social, actitudes que, a mi entender, resultan poco condenables y muy saludables. Y esto me parece evidente, por citar sólo unas pocas líneas de acción ejemplares, tanto en las obras gestadas, a partir de 1964, en torno al “Centre for Contemporary Cultural Studies” de Birmingham (con figuras de la talla de Stuart Hall), como en los denominados “estudios subalternos” de origen indio (así Gayatri Chakravorty Spivak), en las influyentes monografías de Edward W. Said, Pierre Bourdieu o Homi Bhabha, e, incluso, en los trabajos que han ido creando la –felizmente– muy escurridiza teoría *queer* (como los de Judith Butler y Eve Kosofsky Sedgwick, por citar sendos nombres emblemáticos)<sup>2</sup>.

Por supuesto, existe un problema obvio: como no se trata de una disciplina al uso, con una trayectoria convencional, algunos de sus resultados son pésimos. El mercado editorial universitario en lengua inglesa es muy amplio y, evidentemente, como sucede en cualquiera de nuestras lenguas oficiales, pero con un volumen mayor, algunos artículos y libros nos enervan por su zafiedad y nos transforman, casi, en personajes del capítulo VI de la primera parte del *Quijote* (protagonizado por un cura y un barbero en cierta hidalga biblioteca). Porque supongo que nadie en su sano juicio, aquí y ahora, afirmará que todas las investigaciones, sin excepción, que se generan en los centros académicos españoles de las áreas de las Humanidades y de las Ciencias Sociales (incluso las que aparecen impresas en sellos editoriales universitarios) merecen una matrícula de honor inmaculada. Confío en que no exista tal ceguera. No soy estadístico y, como no puedo leer todo cuanto se publica, no les desinformaré conjeturando que el porcentaje de tonterías es mayor aquí o allá.

También existe una cuestión secundaria: para bien y para mal, el mundo universitario estadounidense, por ejemplo, se parece muy poco al español, empezando por su encomiable movilidad, de manera que las parcelas de poder que lo sostienen también resultan muy diferentes. Por ejemplo, en muchas universidades privadas –que suelen ser las más reputadas e influyentes– los sueldos de los académicos no son parejos o

<sup>2</sup> A propósito de esta última, véase mi edición titulada *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios “queer”*, Icaria, Barcelona, 2002, donde se incluyen trabajos de Sedgwick (“A(queer) y ahora”) y de Butler (“Críticamente subversiva”). En torno a algunas interrelaciones de estos estudios y la teoría literaria, véanse, por ejemplo, Irena R. Mayaryk (ed.), *Encyclopedia of Contemporary Literary Theory*, University of Toronto, Toronto, 1993; Neus Carbonell y Meri Torras (ed.), *Feminismos literarios*, Arco Libros, Madrid, 1999, o Jonathan Culler, *Breve introducción a la teoría literaria*, Crítica, Barcelona, 2000.

equiparables, ni dentro de una misma disciplina ni comparativamente entre unas y otras, como en nuestra universidad pública. Aunque suene feo, hablando de sabiduría, muchas disputas aparentemente intelectuales allende la mar oceánica a propósito de los estudios culturales apuntan hacia la diana de los incrementos anuales en la nómina o hacia el relativo control editorial. Y, para qué andarnos con rodeos, en no pocas ocasiones hacia actitudes que miran con malos ojos el creciente papel de las mujeres como docentes o de las personas que, sin ir más lejos, ni son blanquísimas de piel, ni nacionales de pura cepa, ni heterosexuales de pensamiento, palabra y obra, y que, además, no quieren acomodarse a los discursos puritanos de quienes les siguen discriminando –pues nadie debe tragar el anzuelo de la igualdad de oportunidades– sino abrir nuevas vías de vindicación, personales o colectivas, y de exploración en sus disciplinas.

¡Qué raros!

En el último volumen de *Lectora. Revista de dones i textualitat* (publicación periódica vinculada a la “Xarxa temàtica Dones i Cultures”), ha visto la luz un excelente dossier titulado “Género y cultura popular”. En las páginas proemiales, la coordinadora del proyecto, Isabel Clúa, evoca las discusiones académicas en torno a la naturalización de ciertas prácticas culturales y, por supuesto, entre ellas, de los usos académicos. Me gustaría citar uno de sus párrafos, que suscribo plenamente:

Como es sabido, Bloom considera todas estas prácticas académicas *resentidas* como una especie de herejía contra el corazón mismo de la cultura, una cultura, claro está sin adjetivar y que por tanto, entre líneas, está adjetivada como pura, limpia, inmutable, incontaminada y de interés exclusivamente estético (que quiere decir no ideológico). Frente a ella, se supone, hay otra cultura, impura, sucia, cambiante, contaminada y cuyo único atractivo es puramente ideológico. Huelga decir que el primer dominio es el de la alta cultura y el segundo es el de la baja cultura, la cultura popular, la cultura de masas... dominios absolutamente estancos y separados, al menos en el discurso de Bloom y compañía<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Isabel Clúa, “Género y cultura popular”, *Lectora. Revista de dones i textualitat*, 11 (2005), pp. 10-11. Recuérdese Harold Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1995, que debe leerse complementado con Jaume Pont y Josep M. Sala-Valldaura (eds.), *Cànon literari: ordre i subversió*, Institut d’Estudis Ilerdencs, Lleida, 1998.

Implícitamente, sin quererlo, parece como si estas líneas justificaran mucho de cuanto antes les sugería. Y en cierto sentido no andan desencaminadas, pues, a mi juicio, pecaríamos de ignorancia supina en un encuentro como éste si no atendiéramos a cómo la imaginación erótica (tanto de gays y de lesbianas como de héteros) ha sido forjada por la cultura literaria popular. También podríamos plantearnos simultáneamente, a la inversa, hasta qué extremo gays y lesbianas han forjado la cultura popular: ese camino nos depararía muchísimas otras sorpresas, como demuestra la contribución de Juan Carlos García Piedra y Joan Carlos Gil Siscar en este mismo volumen.

## II

Cuando se nos pide que elaboremos el canon de los autores más relevantes de la literatura española del siglo XX nuestra respuesta probablemente recogerá algunas de nuestras lecturas y muchos de aquellos referentes que nos hayan sido transmitidos durante nuestra etapa de aprendizaje, de la escuela a la universidad, si acaso. Por este motivo, resulta casi una perogrullada admitir que los planes de estudio que se nos hayan ido imponiendo constituirán, para bien y para mal, un cedazo inevitable pero muy relevante para la comprensión de nuestra selección literaria, conformada por un centro y unas periferias.

Aquí, por consiguiente, ya podemos empezar a hablar de “márgenes”, de manera que uno de los primeros aspectos sobre los que podríamos dialogar sería, justamente, sobre figuras centrales y figuras periféricas, así como, por extensión y en paralelo, de las ediciones e investigaciones que estos autores han ido generando. Un caso lejano, pero muy conocido en su tiempo, sería en esta órbita que estoy planteando la figura y la obra de Jacinto Benavente, premio Nobel de literatura en 1922. Una segunda cuestión, de igual relevancia, sería la relacionada a cómo se presentan o a cómo se auto-representan las figuras centrales y las figuras periféricas en torno a las expresiones del homoerotismo, masculino y femenino, en qué medida y a través de qué mecanismos estos autores y autoras se auto-liberan o se auto-marginan. Pienso, por citar sólo un ejemplo, en tres autores emplazados en una misma generación poética como Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Federico García Lorca<sup>4</sup>. Pero pienso también, claro está, en tercer lugar, en la

---

<sup>4</sup> Cfr. Ángel Sahuquillo, *Federico García Lorca y la cultura de la homosexualidad masculina: Lorca, Dalí, Cernuda, Gil-Albert, Prados y la voz silenciada del amor homosexual*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1991, y Carlos Jerez Farrán, *Un Lorca desconocido*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004, sin olvidar al propio Juan Gil-Albert, *Heraclés. Sobre una manera de ser*, Akal, Madrid, 1987.

dispar recepción crítica que su obra ha recibido en torno a materia como la propiamente sexual y erótica, a veces tan resbaladiza, en parte por marginada o por auto-pseudo-censurada, como sugieren los diarios de Jaime Gil de Biedma. La lista podría alargarse, citando nombres tan conocidos como los de Rosa Chacel, Ana María Moix o Esther Tusquets, por apuntar sólo algunos femeninos, probablemente menos estudiados<sup>5</sup>.

Estas tres modalidades del “margen” literario español se me antojan tres de los muchos senderos que se bifurcan y entrecruzan a propósito de las representaciones y de las auto-representaciones del homoerotismo en las letras españolas del siglo XX. Por no hablar, en cuarto lugar, por supuesto, de las plasmaciones literarias de esos márgenes del erotismo y del homoerotismo, en autores de cualquier pelaje sexual<sup>6</sup>. Estoy convencido de que reflexionar sobre ellas nos ayudaría a dismantelar algunos tópicos y a desvelar realidades o carencias, propias y ajenas.

Por lo que respecta a esa entidad que denominamos “cultura popular” ha pesado, históricamente, un doble yugo: por una parte, lo “popular” ha quedado olvidado, marginado o menospreciado en la historiografía literaria más al uso (como consecuencia del elitismo que vertebra el canon de nuestras letras, desde los orígenes hasta nuestros días). Si a esta circunstancia adversa añadimos los factores ya conocidos en torno al secular tabú religioso en materia “sexual” o el peso del régimen heteronormativo en que se aposenta nuestra sociedad, podrán deducir que nos enfrentamos a un rizo requeterizado.

Y aquí se inicia la paradoja. O la arqueología de una genealogía. En la reputada —aunque muy discutida— monografía de John Boswell titulada *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad. Los gays en Europa occidental desde el comienzo de la Era Cristiana hasta el siglo XIV*, publicada en inglés en 1980, el medievalista norteamericano afirmaba lo siguiente:

---

<sup>5</sup> Como muy bien ha desarrollado Alberto Mira en *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX*, Egales, Madrid-Barcelona, 2004, a cuya bibliografía final remito. Véase, además, Inmaculada Pertusa Seva, *La salida del armario: lectura desde la otra acera (Esther Tusquets, Carme Riera, Sylvia Molloy, Cristian Peri Rossi)*, Libros del Peixe, Gijón, 2005.

<sup>6</sup> Valórese el contexto propuesto por Paul Julian Smith, *Laws of Desire. Questions of Homosexuality in Spanish Writing and Film (1960-1990)*, Clarendon, Oxford, 1992, y por Dieter Ingenschay en “Eduardo Mendicutti: Una mala noche la tiene cualquiera. Narración de maricas o la irrupción de un discurso del travestismo”, en *Abriendo caminos. La literatura española desde 1975*, Lumen, Barcelona, 1994, pp. 157-165, así como los trabajos de Alfredo Martínez citados más adelante.

Hoy en día, “gay” (o “gai”), se usa ampliamente en francés, holandés, danés, japonés, sueco y catalán con el mismo sentido que en inglés. Se está comenzando a usar en alemán y entre las clases altas de habla inglesa de las áreas cosmopolitas en muchos otros países. Muy pocas lenguas tienen un término equivalente. Probablemente el castellano “entendido” sea el que más se aproxime a una designación no oprobiosa que puedan emplear los propios gays<sup>7</sup>.

Fíjense en la palabra empleada: a la altura de 1980, Boswell usa el término “entendido” como un sinónimo del inglés “gay”. Se trata de un participio del verbo “entender”, todavía utilizado para la identificación de un gay o lesbiana. En una conversación, preguntar a alguien sobre si un tercero “entiende” significa preguntar si esa persona es gay o lesbiana. Sin embargo, en España, el uso de “entendido” como sustantivo ha desaparecido casi por completo (no en algunos países hispanoamericanos) en beneficio de “gay”. ¿Qué significaciones culturales tiene esta sustitución?

En primer lugar, puede argumentarse que el vocablo inglés ha sustituido la palabra preexistente por una cuestión de pura economía lingüística: resulta más cómodo y rápido decir una palabra (“gay”) que la otra (“en-ten-di-do”). Pero en segundo lugar, nos encontramos con otro factor nada desdeñable, relacionado implícitamente con la moda y su prestigio. Lo “gay” empezó a ser sinónimo de lo nuevo, de lo extranjero, y también, claro, y muy relevante, de lo liberador. El “entendido” puede estar dentro del *armario*; el gay no debiera de estarlo nunca...

Como todos sabemos, en esa lucha entre el bañador de cuerpo entero (del “entendido”) y el tanga (del “gay”), ganó el tanga, afortunadamente. Pero algo se ha quedado y se ha perdido en el camino. Algo que quizá convendría recuperar antes de que se pierda. Me refiero, por ejemplo, al “argot del entendido” de las épocas más oscuras del franquismo, casi nunca escrito en la literatura que estudiamos en Filología. Alguien que quiera investigar, dentro de muchos años, el lenguaje en clave de los gays españoles de fines del siglo XX, podrá recurrir a una estupenda obra de referencia de Ferran Pereda titulada *El cancanéo*<sup>8</sup>. Pero, ¿cuál era el argot hoemoerótico u homosexual de hace

<sup>7</sup> John Boswell, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad. Los gays en Europa occidental desde el comienzo de la Era Cristiana hasta el siglo XIV*, trad. de Marco-Aurelio Galmarini, Muchnik, Barcelona, 1992, p. 452. El texto original en *Christianity, Social Tolerance, and Homosexuality. Gay People in Western Europe from the Beginning of the Christian Era to the Fourteenth Century*, University of Chicago, Chicago, 1980, p. 41.

<sup>8</sup> Ferran Pereda, *El cancanéo: diccionario petardo de argot, gay, lesbi y trans*, Laertes, Barcelona, 2004.

cuarenta o sesenta años? Como no nos demos prisa, me temo que no lo averiguaremos nunca (como se olvidarán los lugares de encuentro, las fiestas privadas o las entretelas de la vida amorosa de tantos hombres y de tantas mujeres, *nefandos* unos y otras, durante la nefanda dictadura franquista). Estoy hablando de memoria histórica<sup>9</sup>. O, en homenaje a aquel entrañable ensayo de Carmen Martín Gaité, una versión en clave gay y/o lesbiana de sus *Usos amorosos de la postguerra española*<sup>10</sup>.

### III

En buena medida, esta sustitución cultural constituye uno de los muchos frutos de la inevitable globalización. Como ha analizado Alfredo Martínez, la “regularización de la homosexualidad” en España puede rastrearse en muy variados planos socio-históricos, uno de los cuales sería el siguiente:

la cultura de la comunidad gay tiende a la internacionalización mediante la imitación (neocolonial) de los modelos homosexuales del mundo anglosajón. Este proceso implica, entre otras cosas, una progresiva deslocalización o dislocación de la homosexualidad como parámetro cultural: ciertos establecimientos comerciales, ciertos ritos, ciertos productos culturales son, hoy, idénticos en cualquier ciudad occidental. La cultura gay va sustituyendo con celeridad a otros referentes culturales, como la nacionalidad o el folclore popular. Curiosamente, la existencia de un neoimperialismo cultural se percibe con igual nitidez en la cultura popular y en la cultura académica<sup>11</sup>.

Si bien comparto esta tesis de Alfredo Martínez –como la compartirá cualquier persona viajada por Europa y Norteamérica–, no conviene desdeñar el hecho de que

---

<sup>9</sup> Véanse, por ejemplo, Arturo Arnalte, *Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*, Esfera de los Libros, Madrid, 2003; Armand de Fluvià, *El moviment gai a la clandestinitat del franquisme*, Laertes, Barcelona, 2003; Jordi Petit, *25 años más. Una perspectiva sobre el pasado, el presente y futuro del movimiento de gays, lesbianas, bisexuales y transexuales*, Icaria, Barcelona, 2003; Fernando Olmeda, *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco*, Oberon, Madrid, 2004, o Beatriz Gimeno, *Historia y análisis político del lesbianismo. La liberación de una generación*, Gedisa, Barcelona, 2005.

<sup>10</sup> Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos de la postguerra española*, Anagrama, Barcelona, 1987.

<sup>11</sup> Alfredo Martínez, “El poder de la imaginación: literatura española de temática homosexual”, *Archipiélago*, 67 (2005), p. 79, y *Escrituras torcidas: ensayos de crítica “queer”*, Laertes, Barcelona, 2004, pp. 23-26.

esta sustitución cultural a la que aludo nos afecta a todos, seamos o no lesbianas y gays. Quizá la cuestión radique en el hecho de que, en España, muchos de los modelos de eso que se denominaría “comunidad comercial gay” se inspiraron directamente *desde sus inicios* –y esto es algo que quiero subrayar– en los modelos foráneos y que fueron los propios gays quienes, de una manera más que menos consciente, han ido sepultando el legado popular o simplemente autóctono. Es decir, que a mi entender, esta “internacionalización mediante la imitación (neocolonial) de los modelos homosexuales del mundo anglosajón” también pudo deberse a la reacción en contra de un modelo asociado (o asociable) al oscurantismo franquista y a su armario almidonado. Asociado a la prehistoria innecesaria de las nuevas luchas, ya en tiempos democráticos.

No añoro el pasado, ¡faltaría más! Tal vez sea ley de vida: los viejos mueren y los jóvenes inventan o copian sus nuevos modelos de cultura popular (y ya se sabe que la “comunidad gay” en España parece haber desterrado a la tercera edad de muchos locales “de ambiente”, cuando hace veinte años los mayorcitos eran una presencia visible). Alguien me dirá –y me lo invento– que para muchos gays españoles de principios del siglo XXI una Alaska o una Mónica Naranjo sería el sustituto de una Sara Montiel, de una Juana Reina o de una Concha Piquer. Y puede ser que acierte. Cada cuál tiene sus gustos y estos van cambiando (y nos los van cambiando) según las épocas, como los cortes de pelo y las ropas que vestimos. Pero mi diana, ahora, es otra. Permítanme una excursión historicista.

Las revueltas propiciadas por la redada policial en el bar *Stonewall Inn*, de Nueva York, la noche del 27 al 28 de junio de 1969, han configurado uno de los episodios emblemáticos de las luchas de gays y de lesbianas en todo el mundo. Una fecha que ha acabado convirtiéndose en “Día del Orgullo Gay” internacional. La revuelta de *Stonewall* se produjo, casualmente, el mismo día del funeral de Judy Garland, la actriz norteamericana que fue –y sigue siendo– uno de los iconos de la cultura gay estadounidense. Un mito de la utopía y un símbolo de supervivencia. El *Stonewall* era un local que hoy llamaríamos “mixto”, donde confluían gays, lesbianas y travestís. También era un local poco elitista, pues por su barra pasaban personas de diversa condición social y étnica. Ambos aspectos me parecen destacables, sobre todo hoy en día en las grandes ciudades occidentales (en Barcelona mismo), porque la feliz amplitud de la demanda ha generado una creciente ampliación de la oferta de ocio, de manera que contamos con espacios más diversificados y menos mixtos sexual y económicamente, a gusto de las preferencias, cada vez más específicas, de los consumidores. En definitiva, cada vez más parecidos a los de la sociedad hétero.

Esta diversificación, tan positiva en la medida en que confirma una notable libertad de socialización, también propicia efectos colaterales, como por ejemplo: ¿en cuántos bares, en la actualidad, conviven (se miran, se rozan, charlan,...) gays, lesbianas y transexuales, a la manera de lo que sucedía en el *Stonewall*? Y por ende, ¿de qué manera esta compartimentación afecta a sus aspiraciones o reivindicaciones, si alguna?, o ¿de qué manera propicia la asimilación de ciertas personas en detrimento, quizá, de otras y de sus culturas?

Tampoco resulta imprescindible irse tan lejos en el espacio y en el tiempo, el Nueva York de fines de la década de los sesenta. En muchas manifestaciones de finales de los setenta que discurrieron por las calles barcelonesas, con “la aparición de las primeras organizaciones homosexuales, fueron las locas y los travestís algunos de los que primero se movilizaron”, como afirma José Miguel G. Cortés<sup>12</sup>. Sin embargo, resulta oportuno destacar que, durante los años ochenta y noventa, muchos grupos de esa entidad que se auto-definen o que etiquetamos como el “movimiento gay y lesbiano” han ido invisibilizando a “las locas y los travestís” de los que habla Cortés con el objetivo de ofrecer una imagen más “pura, limpia, inmutable, incontaminada” de sí mismos (y observen que utilizo los adjetivos manejados por Isabel Clúa, antes citados, a propósito del pensamiento de Harold Bloom), más asimilable al patrón heterosexual y heteronormativo, por si les surge alguna duda al respecto.

No puede ser ésta la ocasión para valorar estas estrategias políticas. Por otra parte, según estudió Óscar Guasch, la institucionalización del universo homosexual español presenta factores sociológicos distintivos que explican el cambio de rumbo al que apunto:

En España ni la redefinición viril de la homosexualidad, ni la extensión del modelo gay, se realizan desde el activo movimiento sexual de la época. Tal redefinición tiene lugar en el seno de unas instituciones que se implantan de modo paralelo al desarrollo del movimiento político gay. Inician su proceso definitivo de consolidación justo cuando remite la oleada sexorrevolucionaria planteada por las organizaciones homosexuales. Eso se produce al inicio de la década de los ochenta, cuando el FAGC es legalizado como partido político. Las instituciones a las que se alude

---

<sup>12</sup> En Juan Vicente Aliaga y José Miguel G. Cortés, *Identidad y diferencia. Sobre la cultura gay en España*, Egales, Madrid-Barcelona, 1997, p. 128.

son el *bar*, la *discoteca* y la *sauna*. Es en estas tres instituciones donde se difunde y extiende el estilo gay. Aportan los códigos e imágenes necesarias para la redefinición viril de la homosexualidad que no son aportadas en su momento por el movimiento político gay. La aparición y difusión del modelo gay en España es autónoma respecto a la actividad política gay. La penetración del nuevo modelo se lleva a cabo por canales probados: por empresarios/as que reproducen miméticamente instituciones homosexuales ya presentes en otros países<sup>13</sup>.

Probablemente, como planteará Guasch, España no podía ser una excepción en el desarrollo del modelo gay anglosajón en todo el mundo. Sin embargo, adonde he querido desembarcarles con este desvío más o menos histórico es al recuerdo de unas modalidades de creación y de apropiación culturales que conviene refrescar como ejercicio de recuperación de una genealogía y, quién sabe, como revulsivo ideológico o como motor de expansión de algunas tareas pendientes.

En este sentido, me hago eco de la crítica de Alberto Mira y de Fefa Vila a propósito de las carencias de una parte del activismo de gays y lesbianas en tierras españolas:

Es cierto que nada crea tanto un movimiento como un enemigo común; pero también es cierto que el movimiento gay español ha sido reactivo a hacer un esfuerzo retórico por adquirir una identidad cultural específica. Con escasas excepciones, no se ha hecho nada para tratar de apropiarse la tradición cultural hispana para la causa gay, no se ha sabido crear una agenda específicamente hispana basada en nuestra propia historia y en nuestra propia problemática. El rechazo del modelo de identidad es perfecto siempre que se proponga una alternativa. El resultado de todo ello es que en ocasiones los debates que nos dividen proceden de la cultura anglosajona, y asistimos a una colonización de lo gay que no es necesaria, que no es pertinente y que a menudo no significa gran cosa entre nosotros, mientras que otras formas de opresión más generalizadas en nuestro contexto pasan inadvertidas. Hay aquí un elemento de pereza que debe recibir una mayor atención por parte de los activistas e intelectuales gays. Si optamos por el modelo mediterráneo, ¡sea!, pero eso no nos exime de reflexionar sobre

---

<sup>13</sup> Óscar Guasch, *La sociedad rosa*, Anagrama, Barcelona, 1991, pp. 82-83.

sus manifestaciones en nuestra cultura, de articular una agenda y de tratar de alcanzar una visibilidad que no tiene por qué tener las mismas marcas que en Estados Unidos, pero sin la cual no llegaremos a ninguna parte, ni política ni socialmente<sup>14</sup>.

#### y IV

Vuelvo al inicio. Quizá los resultados globales de los estudios culturales sean exigüos, no lo sé a ciencia cierta. Pero tengo el convencimiento de que, por ejemplo, una parte nada desdeñable de muchas movilizaciones sociales que han influido en la vida cotidiana estadounidense (artística, literaria, política,...) de los últimos años han estado inspiradas y/o han sido recogidas también por sus *cultural studies*. Y a mí, aunque me entusiasme consultar incunables, me gusta todavía más que se reconozcan los derechos de todos los ciudadanos, sin excepciones morales. No me preocupa la impureza de las disciplinas universitarias. El reto de los mejores estudios culturales también es éste y no creo que sean mis enemigos, sino el enemigo de quienes instalados en una torre, presuntamente de marfil, pueden permitirse el lujo de ignorar la realidad o de despreciarla. O de despacharla, más sutilmente, con argumentaciones esencialistas que pueden esconder, latentemente, y consolidar entre nuestra ciudadanía, a la postre, por vía directa o indirecta, discursos misóginos, racistas, xenófobos u homófobos, entre otros muchos prejuicios (por definición antidemocráticos) tan dañinos como peligrosos a corto, medio y largo plazo.

---

<sup>14</sup> Alberto Mira y Fefa Vila, "Activismo en España", *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lesbica*, Tempestad, Barcelona, 1999, p. 45.